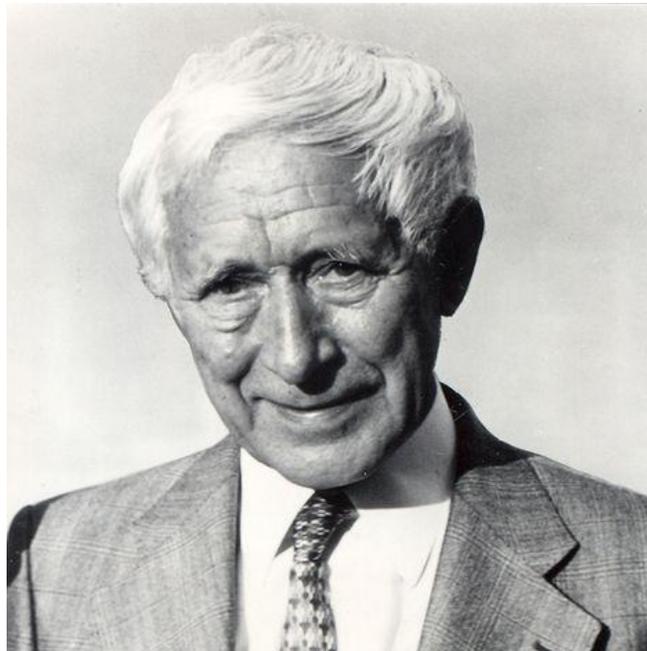


# Sobre el Nihilismo y la Rebeldía en la obra de Ernst Jünger

*(Ricardo Andrade)*



**(Ernst Jünger 1895 –1998)**

## I

Ernst Jünger (1895-1998), autor recordado por obras fundamentales como *El Trabajador*, *Radiaciones*, *Eusmewil*, *Heliópolis*, *Tempestades de Acero*, *Los Acantilados de Mármol* entre otras, y considerado como una de las plumas pertenecientes a la llamada *Estética del horror*, “está considerado, incluso por sus críticos más acerbos, como un gran estilista del idioma alemán, al que algunos ponen a la altura de los grandes clásicos de la literatura germana.”<sup>1</sup> Espíritu lúcido, cuya trayectoria cultural lo sitúa en la generación de intelectuales herederos de la obra de Friedrich Nietzsche, Oswald Spengler y Martin Heidegger, entre ellos Mohler van der Bruck, Carl Schmitt, Gottfried Benn, su hermano Friedrich-Georg Jünger y otros miembros de lo que Armin Mohler denominó *Revolución Conservadora*. Testigo y actor de los conflictos ideológicos de la convulsionada Alemania de entreguerras, “iconoclasta paradójico, enemigo del eufemismo, abominador de las dictaduras (en 1944 fue expulsado del ejército alemán tras el fracaso del movimiento anti-hitlerista) y de las democracias o dictaduras de las mayorías, como las llamó Karl Kraus, el líder espiritual del círculo de Viena”.<sup>2</sup> Pluma ampliamente reconocida, con admiradores entre la intelectualidad de izquierdas y derechas, Jünger recibió el premio Goethe en Frankfurt en 1981, el máximo galardón literario de la lengua germana.

Sus obras, prosa autobiográfica o del tipo ensayístico, se centran en protagonistas enfrentados al mundo contemporáneo, en la que la soledad y el desencantamiento se constituyen como los motores narrativos. “Al tema central, intercala disquisiciones acerca del origen y destino del hombre, filosofía de la historia, naturaleza del Estado y la sociedad”.<sup>3</sup> Sus obras, en este sentido, denuncian y dan la voz de alarma sobre el avasallador avance del nihilismo como proceso de alcance planetario, a la vez que se convierten en guías e inspiración para las almas rebeldes contra este proceso incontenible.

## II

Pero, ¿qué es el nihilismo? Jünger, en un intercambio epistolar con Martin Heidegger, expuso sus conceptos sobre el nihilismo en el ensayo *Sobre la línea*

(1949). Tomando como referencia *La Voluntad de Poder* de Friedrich Nietzsche, el nihilismo se entiende como el proceso determinado por la devaluación de los valores supremos, en que el contacto con lo Absoluto es imposible: “Dios ha muerto.” Y que, de algún otro modo, ha alcanzado caracteres de “perfección” pues ya nada ni nadie puede sustraerse. En aquella obra, el mismo Nietzsche se reconocía como “el primer nihilista pleno de Europa, pero que ya ha vivido en sí el nihilismo mismo hasta el fin –que le tiene detrás de sí, bajo sí, fuera de sí”. Seguido a esto, anuncia un contra movimiento futuro que remplazará el proceso nihilista. Jünger resalta aquí un grado de optimismo que es difícilmente rastreable en autores posteriores que retomaron el nihilismo como tema central contemporáneo. Y ese optimismo radica en el hecho de que este proceso avasallador no es un final, si no más bien “como fase dentro de un proceso espiritual que lo abarca, de un modo como no sólo no fue capaz la cultura en su transcurso histórico de superar y sobrellevar en sí o quizás recubrir como una cicatriz, sino tampoco la persona singular [*Einzelne*] en su existencia personal.”<sup>4</sup>

El autor alemán también recoge la caracterización del nihilismo en el *Raskolnikov* (1886) de Dostoievski, tomando en consideración la disímil perspectiva que el maestro ruso adopta con respecto a Nietzsche al describir el mismo proceso. Si el primero está más enfocado en las implicancias teológico-morales, el segundo se centra en la dimensión espiritual del problema. Pero el diagnóstico es el mismo: una fase temporal, curable por medio del sufrimiento. Y sobre todo, “la impresión de que el nihilismo es comprendido como fase necesaria dentro de un movimiento dirigido a metas determinadas.”<sup>5</sup>

Se desprende de lo anterior la doble condición de la valoración del nihilismo, esto es, su sentido pesimista y optimista, no visto aquí como una contradicción. El optimismo aquí fundado surge de la voluntad de permanecer firme ante los peligros inherentes del proceso. Poniendo como ejemplo a Spengler, Jünger asume que el pesimismo existe, pero ante tan bajo nivel de decadencia, es encomiable el perseverar ante tal adversidad. El verdadero opuesto al optimismo, en este caso, sería el “derrotismo”, ausencia de voluntad y fuerza para establecer una posición antagónica, siendo el terror el elemento constitutivo a expandirse por doquier.

La condición nihilista, a sumas cuentas, implica la inevitabilidad del proceso, la pérdida de contacto con lo Absoluto, y a la vez, la ausencia de algún orden superior válido. Retomando a Nietzsche, la devaluación de los valores se identifica

con la decadencia de los valores cristianos: “la incapacidad de producir tipos más elevados o incluso de concebirlos, y desemboca en el pesimismo.”<sup>6</sup> La jerarquía ahora es rechazada, sólo permaneciendo los valores orientadores. Frente a éstos, sólo los más fuertes son capaces de superarlos y continuar, a diferencia de los débiles, que “se quiebran ante ellos”. Según el autor: “El nihilismo puede ser tanto una señal de debilidad como de fuerza (...) El gran crecimiento lleva consigo un desmoronamiento y perecer increíbles, y, bajo este aspecto, la aparición del nihilismo puede ser, como forma extrema del pesimismo, una señal favorable.”<sup>7</sup>

Siguiendo a Dostoievski, el nihilismo es presentando en el proceso de aislamiento de la persona con respecto a su comunidad. Es el llamado ayuntamiento. De la erupción inicial propia del nihilismo activo es posible terminar de la forma más espantosa, quizás por medio del suicidio. La superación del nihilismo surge de la aceptación de la culpa que originó dicho aislamiento: es el requisito previo para el retorno a la comunidad. Por lo tanto, es la “purificación en los infiernos” el momento clave para la salvación del protagonista dostoievskiano. Entre estas dos concepciones, Jünger reconoce un gran parentesco, el que “progresan en tres fases análogas: de la duda al pesimismo, de ahí a acciones en el espacio sin dioses y valores y después a nuevos cometidos. Esto permite muy bien concluir que ven una y la misma realidad, si bien desde puntos muy alejados.”<sup>8</sup>

Jünger se encarga de limpiar y desmitificar el concepto de nihilismo, debido a todas las definiciones confusas y contradictorias que intelectuales posteriores a Nietzsche desarrollaron en sus trabajos. Problema para él lógico debido a la "imposibilidad del espíritu de representar la Nada", pues allí, en las tierras de nadie, tanto la intuición como el conocimiento desaparecen. Como problema principal, distingue el nihilismo de los ámbitos de lo caótico (o anárquico), lo enfermo y lo malo, fenómenos que aparecen con él y le han dado a la palabra un sentido polémico. En primer lugar, el nihilismo depende del orden para seguir activo a gran escala, por lo que el desorden, el caos serían, como máximo, una consecuencia. Por el contrario, armoniza con el orden, y no sería extraño que el nihilista identificara como oponente al anarquista. A la vez, un nihilista activo goza de buena salud para responder a la altura del esfuerzo y voluntad que se exige a sí mismo y los demás, expulsando de sí todo dolor y piedad. Para Nietzsche, el nihilismo es un estado normal y sólo patológico, por lo que comprende lo sano y lo enfermo a su particular modo. Y en cuanto a lo malo, “el nihilista no es un criminal

en el sentido tradicional, pues para ello tendría que existir todavía un orden válido." Más propio de una época nihilista, más bien, la plena mezcolanza entre las esferas del bien y del mal.<sup>9</sup>

El nihilismo, señala Jünger, se caracteriza por ser un estado de desvanecimiento, donde lo que prima es la reducción y el ser reducido, "como corresponde necesariamente al movimiento hacia el punto cero." La reducción se produce en todo ámbito humano, paradójicamente frente al amplio despliegue del proceso nihilista. Toda complejidad o pluralidad cae inevitablemente en el "común denominador". Síntomas también son la desaparición de lo maravilloso, pérdida del asombro ante la ciencia, la volatización de las formas de veneración y la sensación de vértigo ante un abismo cósmico inconmensurable donde se expresa ese terror especial hacia la Nada. Otros síntomas del nihilismo son el aumento del grado de especialización, a niveles tan altos que "la persona singular sólo difunde una idea ramificada, sólo mueve un dedo en la cadena de montaje", y el aumento de circulación de un "número inabarcable de religiones sustitutorias", tanto en las ciencias, en las concepciones religiosas y hasta en los partidos políticos, producto de los ataques en las regiones ya vaciadas. Ámbitos completamente subyugados por el avance nihilista son el arte y lo erótico, cuya desaparición el autor llama "el nihilismo como estilo". Esta desaparición va de la mano de la aceleración, la simplificación y el escape hacia metas desconocidas. Si el lado más negativo de la reducción, afirma el autor, es "la remisión del número a la cifra o también del símbolo a las relaciones descarnadas", entonces somos testigos de la "belleza apreciada en cifras" y de "la degradación del tabú". Todos estos síntomas conllevan una sensación de "encantamiento", pero en la que "la osadía está sólo en los comienzos". Para Jünger, los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial son testigos de la llegada al punto cero, y "esto lleva pues consigo una nueva dirección del espíritu y la percepción de nuevos fenómenos."<sup>10</sup>

De lo anterior el autor concluye que el "cruce de la línea", el "paso del punto cero" no es el final del proceso. La seguridad es lejana pero es identificada como meta. Si en el mundo actual el nihilismo está a un paso de las últimas metas, la puesta de límites en medio del devenir le da el sentido al proceso y por ende la luz de esperanza. Entonces, ¿cuáles serían los modos de comportamiento en el campo nihilista, a modo de sobrevivencia de la persona en un mundo donde el nihilismo se ha convertido en el estado normal? Tomando como ejemplo la actitud

conservadora, “digna de atención en sus representantes e incluso a menudo de admiración, no es capaz ya de interceptar el movimiento creciente y de represarlo...” Se asume la inexistencia de remedios, sino que lo realmente importante es el carácter de las personas e instituciones en el enfrentamiento al llegar al punto cero: en otras palabras, de qué manera han cruzado la línea.<sup>11</sup>

Otro tanto con la esfera de la fe, en la medida que frente a la experimentación del dolor a niveles nunca antes vistos, surge un impulso por la búsqueda del contacto por lo trascendente. Si es que las instituciones religiosas no son capaces de albergar dicha función, Jünger encuentra dicho impulso en otras esferas: “Estos tres hechos: la inquietud metafísica de las masas, el emerger de las ciencias particulares del espacio copernicano y la aparición de temas teológicos en la literatura mundial, son elementos positivos de rango superior, que pueden oponerse con justicia a un enjuiciamiento de la situación puramente pesimista o dirigido hacia la caída.”<sup>12</sup>

Según lo expresado en *Sobre la línea*, es la “disputa con el Leviatán -ente que representa las fuerzas y procesos de la época, en cuanto se impone como tirano exterior e interior-, la más amplia y general en este mundo.” ¿Cuáles son los dos miedos del hombre cuando el nihilismo culmina? “El espanto al vacío interior, obligando a manifestarse hacia fuera a cualquier precio, por medio del despliegue de poder, dominio espacial y velocidad acelerada. El otro opera de afuera hacia adentro como ataque del poderoso mundo a la vez demoníaco y automatizado. En ese juego doble consiste la invencibilidad del Leviatán en nuestra época. Es ilusorio; en eso reside su poder”.<sup>13</sup> La respuesta de Jünger con respecto al comportamiento del hombre frente a la resaca nihilista: la organización, “orden por medio del saber y la ciencia” donde se enmarcaría la seguridad. Pero en esta época, el cuestionamiento del autor es si la persona cuenta con algún grado de libertad que le permita la superación del proceso. Descartando la duda del escéptico, ante pone a ello el silencio: “En la medida en que el nihilismo se hace normal, se hacen más temibles los símbolos del vacío que los del poder. Pero la libertad no habita en el vacío, mora en lo no ordenado y no separado, en aquellos ámbitos que se cuentan entre los organizables, pero no para la organización”.<sup>14</sup>

Jünger llama a estos lugares “la tierra salvaje”, oasis en el desierto donde se aguarda por la hora del conflicto y la victoria. “Son estos lugares a los cuales el Leviatán no tiene acceso, y lo ronda con rabia. Es de modo inmediato la muerte.

Aquí dormita el máximo peligro: los hombres pierden el miedo. "La segunda fuerza es el Eros, "allí donde dos personas se aman, se sustraen al ámbito del Leviatán, crean un espacio no controlado por él (...) El Eros también vive en la amistad, que frente a las acciones tiránicas experimenta sus últimas pruebas." Los pensamientos y sentimientos quedan encerrados en lo más íntimo al armarse el individuo una fortificación que no permite escapar nada al exterior. "En tales situaciones la charla con el amigo de confianza no sólo puede consolar infinitamente sino también devolver y confirmar el mundo en sus libres y justas medidas". La necesidad entre sí de hombres testigos de que la libertad todavía no ha desaparecido hará crecer las fuerzas de la resistencia. Es por lo que el tirano busca disolver todo lo humano, tanto en lo general y público, para mantener fuera de alcance todo lo que es extraordinario e incalculable. El arte, dentro de un equilibrio entre la libertad interna y externa, florece en su más clara autenticidad en la medida que contiene "un añadido crítico de racionalidad y autocontrol", donde la consecución de la "obra de arte" otorga sentido y sosiego. Para Jünger, es el artista, entendido como artífice del dominio de la época como obra de arte, uno de los enemigos más fieros del Leviatán. Al mismo tiempo, el pensador, por medio del lenguaje, experimentar como si fuera un científico, o mejor aún, un alquimista en pos de una transmutación. Esta actitud de experimentar que alcance, claro está, no sólo a embargar su campo específico si no también en las existencias particulares.<sup>15</sup>

Como se ha señalado, este proceso de devaluación de los valores supremos ha alcanzado, de algún modo, caracteres de "perfección" en el tiempo presente. Esta "perfección" del nihilismo hay que entenderla en la acepción de Heidegger, compartida por Jünger, como aquella situación en que este movimiento "ha apresado todas las consistencias y se encuentra presente en todas partes, cuando nada puede suponerse como excepción en la medida en que se ha convertido en el estado normal." El fenómeno ha provocado el desencuentro del hombre con su propia persona y con su potencia divina que le da sentido. La obra de Jünger, recogiendo en la ficción el estado actual del proceso nihilista, también da cuenta del tema de la resistencia y rebeldía en el conflicto: da cuenta del afán por radicar el fundamento del hombre.

### III

En la novela *Eumeswil* (1977), Ernst Jünger nos presenta una visión bastante lúgubre de la sociedad. Una que vive una época de enfermedad, y un síntoma propio de nuestra época enferma es el temor y junto a él una inclinación natural hacia la violencia. “Aquel temor que hace afirmar al autor que toda mirada no es más que un acto de agresión y que hace radicar la igualdad en la posibilidad que tienen los hombres de matarse unos a otros.”<sup>16</sup> El temor y la violencia innata del hombre transforman al mundo en un lugar hostil e imperfecto. Usando una analogía, la historia del mundo sería un cadáver que es asechado constantemente por hordas de buitres, una y otra vez. Esta visión pesimista de la realidad del mundo, quizás influenciada por la filosofía de Arthur Schopenhauer, puede tener su origen en la cruda experiencia militar del autor: partícipe de dos guerras mundiales que cobraron millones de víctimas humanas y materiales, constata la instauración en el mundo de una época caracterizada por el culto idólatra de la destrucción, el fanatismo, la masificación del hombre.<sup>17</sup>

En este punto, Jünger también identifica a la *técnica* como uno de los grandes temas de la historia del hombre, al igual que Spengler, Heidegger, Ortega y Gasset, y otros grandes pensadores. La historia de la técnica, según el autor, es, como todo gran relato humano, una historia de beneficios y contrapartidas. “El avance de la técnica, a pesar de los beneficios que conlleva, a juicio de Jünger tiene la contrapartida de limitar la capacidad de decisión de los hombres en la medida en que en favor de los alivios técnicos van renunciando a su capacidad de autodeterminación conduciendo, luego, a un automatismo generalizado que puede llevar a la aniquilación.”<sup>18</sup> La gran interrogante humana, sería, cuál sería el medio para superar el dilema existencial.

La respuesta de Jünger se encuentra en el protagonista de *Heliópolis* (1965), el *anarca* Venator: “la salvación está en uno mismo”. Este personaje, un historiador de talante anárquico, es uno de los arquetipos literarios que el autor desarrolla a lo largo de su trayectoria en las letras, a los que se suma, el *soldado de trincheras*, el *trabajador* y el *emboscado*. Para el *anarca*, que puede ser confundido con el anarquista pero que claramente no son sinónimos, la libertad es propiedad sobre uno mismo. Ni la sociedad, ni el Estado ni cualquier instancia exterior a su persona son entidades donde el anarca puede emprender una búsqueda de *sí mismo*. Por lo

mismo, tampoco se puede esperar de ellas alguna instancia de realización personal. Solo queda la soberanía sobre la propia persona, esto es, la libertad.

Aparecen en este momento dos afirmaciones que pueden aparecer como contradictorias: un hombre inclinado a la violencia, ese ser que Thomas Hobbes identificó en un *estado de naturaleza*, pero al mismo tiempo un ser que tiene la capacidad de reencontrarse con su origen divino, a través de la máxima delfica del conocimiento de uno mismo. Volvemos a encontrar en este punto la coexistencia del Pesimismo y el Optimismo: una naturaleza humana perversa pero al mismo tiempo con enormes potencialidades de ser partícipe de su propia superación. La conciliación de los opuestos, vienen dada por la existencia o preexistencia de un Absoluto. “El escritor, en nuestro parecer, apela a una instancia superior a la que denomina “Uno”, “Divinidad”, lo “Eterno”, según se colige sobre todo de su obra posterior a 1950.”<sup>19</sup>

Esta relación entre el hombre y el Absoluto permite entender el sentido de la existencia humana. La idea principal que el autor alemán expresa es nuestra pertenencia, en nuestro estado de ser o alma, al seno de esta Divinidad desde antes del nacimiento, para después volver a ella en nuestra muerte. Antes de nuestra existencia terrenal, nos es imposible tener conciencia de nuestra pertenencia en lo Eterno, debido a que participamos caóticamente, o indeterminadamente de dicha existencia. Con el nacimiento y posterior adquisición de lo consciente, el ser humano cae en el sopor de la soledad al darse cuenta de su alienación con respecto a su anterior unidad divina, y cae en la desesperación de volver a reencontrarse en ese estado de existencia primordial. El alma, la manifestación de su naturaleza divina, y la introspección hacia el conocimiento de ella, son el medio con que cuenta el hombre para volver a acceder a su “forma que le es propia, proceso que Jünger define como un ver que se dirige al ser, la idea absoluta. La forma (...) es fuente de dotación de sentido”.<sup>20</sup>

La libertad, por lo tanto, radica en recuperar el sentido del ser. El hombre que ha sido capaz de conocerse a sí mismo es quien, habiendo reencontrado el significado de su existir, es capaz de vivir en armonía, paz y orden. El hombre que no ha vivido o no ha podido afrontar con éxito dicho proceso se ve enfrentado al mundo por medio de la violencia y la destrucción. Aquí es donde radica en el fondo la diferencia entre el *anarca* y el anarquista. Para este último, la destrucción de la sociedad en pos de la libertad se transforma en su *ethos*, lo que lo define como

persona. Pero, apoyándose en una causa externa a sí mismo, cae en la contradicción de que su lucha no lo hace libre, sino que lo esclaviza. Su vida, en un plano más existencial, no logra superar la negación de la Divinidad. Para el primero, por el contrario, su causa es propia de sí mismo, pues busca superar la violencia a la que naturalmente siente inclinación al entrar en conciencia de su separación de lo Uno: domina la negación y afirma la Divinidad haciéndose dueño de uno mismo.

“La sustancia histórica, según Jünger, radica en el encuentro del hombre consigo mismo.”<sup>21</sup> En su obra *El Tratado del Rebelde* (1963), utiliza el símbolo del bosque para ilustrar el evento donde el hombre se encuentra con el Ser que le confiere sentido. “La mayor vigencia del bosque es el encuentro con el propio yo, con la médula indestructible, con la esencia de que se nutre el fenómeno temporal e individual”.<sup>22</sup> El bosque es el lugar de la afirmación de lo Eterno, donde el sujeto se libera y se hace consciente de su identidad con la Divinidad. Si de este modo al hombre se le es otorgada una voluntad de poder, ésta estaría enfocada con el propósito de apropiarse de uno mismo, y cuya herramienta más poderosa es el “Verbo” o “materia del espíritu”, cuyo lugar es el bosque.<sup>23</sup> Es por medio del lenguaje con que el hombre es capaz de dominar la realidad, pues “(...) toda toma de posesión de una tierra, en lo concreto y en lo abstracto, toda construcción y toda ruta, todos los encuentros y tratados tienen por punto de partida revelaciones, deliberaciones, confirmaciones juradas en el Verbo y en el lenguaje.”<sup>24</sup> De este modo, un síntoma del nihilismo de nuestros tiempos sería la suplantación del lenguaje por las cifras, con la consiguiente pérdida de esa herramienta que nos permite el dominio de uno mismo y el mundo.

En la obra de Ernst Jünger, el hombre que no acepta el “espíritu del tiempo” y se “retira hacia sí mismo” en busca de la libertad, es un rebelde. El *Waldgänger*, en un ensayo de 1951, basada en una antigua tradición islandesa, ya prefigura el arquetipo del rebelde contra las leyes de la sociedad que se escapa a los bosques. Sería la disposición por la huida que embarga a los rebeldes a los cuales la sociedad se les hace insoportable. El mismo Jünger aclara que la figura del anarca de la novela *Eumeswil* es aún más radical, pues es un sujeto mucho más afirmado en sí mismo, la actitud natural del hombre, más pragmático y que es capaz de adaptarse a las circunstancias de la sociedad donde le toca desenvolverse.<sup>25</sup> El anarca sería, para el autor alemán, o la encarnación más lúcida del distanciamiento del nihilismo actual, o quizás el único camino a seguir por los hombres verdaderamente libres.

#### IV

El mundo presentado en *Eumeswil* es un futuro posible. Un mundo de posguerra (los Grandes Incendios) donde emerge y decae un Estado Mundial. Han vuelto a emerger formas políticas del pasado, como las ciudades-estado (los principados de los Khanes). La similitud con la época helenística es deliberada: Eumeswil es una ciudad alejandrina, sin raíces ni tradición, la homogenización de la sociedad es brutal, donde ya no existen rangos de distinción de ninguna especie, excepto el grado de participación en el poder. El avance técnico y el conocimiento del pasado aún se conservan, pero ya no se comprenden y han perdido todo sentido. Pero no hay ausencia de conflicto: se enfrentan dos poderes, uno militar, liderado por el Cóndor, un tirano que se hace del poder y el otro popular, de los tribunos demagógicos. El primero es el arquetipo del tirano que trae una época de orden y tranquilidad, pero personifica un poder personal incapaz de restaurar una forma política trascendente. Ni siquiera es una gran potencia política, pues la ciudad está protegida por el Khan Amarillo. Claramente Jünger sitúa la acción en una civilización decadente, como las describe Oswald Spengler en *La Decadencia de Occidente*. “Masas sin historia”.<sup>26</sup>

El protagonista y narrador es Martin Venator, “Manuelo”. De oficio historiador, trabaja de camarero en la alcazaba del tirano, pero como buen historiador observa y reflexiona sobre el presente mediante el conocimiento que le otorga el estudio de los tiempos pasados. Es probable que Jünger se haya inspirado en Tácito, senador en la época imperial romana, personalidad que encarna el espíritu libre y el escepticismo del pensador frente a la sociedad y formas políticas de la época que le tocó vivir.<sup>27</sup>

“Manuelo” es un historiador que trabaja al servicio del señor, que en pasadas épocas era una actividad que ennoblecía no sólo a la persona sino también a su entorno familiar. Pero como historiador permanentemente se autoexilia al pasado, donde se siente a gusto y donde se permite tener una actitud contemplativa y apolítica. Su vida como camarero al servicio del tirano le es reprochada por su padre y su hermano, también historiadores, pero comprometidos ideológicamente: liberales y republicanos que forman parte de la oposición intelectual al Cóndor. Dentro de esa oposición al tirano también está la

facción más activa y destructiva: los anarquistas, conspiradores que ejecutan atentados y otros actos terroristas. Pero como Jünger definía a este tipo de hombres, no representan ningún tipo de peligro para el *status quo*, un problema que se soluciona con una eficaz fuerza policial. Por lo tanto, en las antípodas de lo que realmente es Venator: él no es un anarquista, es un anarca.<sup>28</sup>

## V

El propio Jünger clarifica la caracterización de la figura del anarca en el libro de entrevistas de Julien Hervier *Conversaciones con Ernst Jünger* (1990). “La mejor definición pasa por su relación con el anarquista. El anarquista, contrariamente al terrorista, es un hombre que en lo esencial tiene intenciones. Como los revolucionarios rusos de la época zarista, quiere dinamitar a los monarcas. Pero la mayoría de las veces el golpe se vuelve contra él en vez de servirlo, de modo que acaba a menudo bajo el hacha del verdugo o se suicida. Ocurre incluso, lo cual es claramente más desagradable, que el terrorista que ha salido con bien siga viviendo en sus recuerdos...El anarca no tiene tales intenciones, está mucho más afirmado en sí mismo. El estado de anarca es de hecho el estado natural que cada hombre lleva en sí. Encarna más bien el punto de vista de Stirner, el autor de *El Único y su Propiedad*; es decir, que él es lo único. Stirner dice: “*Nada prevalece sobre mí*”. El anarca es, de hecho, el hombre natural”.<sup>29</sup>

La figura literaria del anarca, por lo tanto, encuentra su definición en contraposición con respecto a otro tipo de figuras que personifican la rebeldía con respecto al Estado y la sociedad. Estas son individualidades que se definen en oposición a algo que desean odian y/o desean destruir: el anarquista, el partisano, el criminal, el solipsista. Pero también, aquellas personalidades que detentan el poder absoluto, como los grandes emperadores romanos. “Pues en el hombre y en la historia hay un fondo irrenunciable de anarquía, que puede aflorar o no a la superficie, y en mayor o menor grado, según los casos. En la historia, es el elemento dinámico que evita el estancamiento, que disuelve las formas petrificadas. En el hombre, es esa libertad interior fundamental.”<sup>30</sup>.

Jünger nos introduce a la figura del emboscado en *La Emboscadura* (1983). ¿Cuál es la diferencia con el anarca? El rebelde que huye a los bosques es un ser que podría representar las coordenadas espirituales mientras que el anarca la

plasmación práctica en el mundo de aquella actitud.<sup>31</sup> El propio autor alemán se explaya con respecto al emboscado: "Llamamos emboscado a quien, privado de patria por el gran proceso y transformado por él en un individuo aislado, está decidido a ofrecer resistencia y se propone llevar adelante la lucha, una lucha que acaso carezca de perspectiva. Un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad... El emboscado no permite que ningún poder, por muy superior que sea, le prescriba la ley, ni por la propaganda, ni por la violencia".<sup>32</sup>

Como ejemplos emblemáticos, un emboscado o anarca es quien ha sido capaz de darse su propia ley. En ese sentido, un guerrero encarna el tipo anarca, pero el soldado no. En la mitología cristiana, Jesucristo es un anarca, San Pablo no. Así, en el anarquista, se da la peculiar paradoja de que no posee una personalidad anárquica. Como todo ser social, necesita de los demás, en su caso particular, sus camaradas. Es un idealista que obtiene su sentido del existir al ser determinado por el mismo poder que busca destruir. Parafraseando al mismo Jünger, "Se dirige contra la persona (del monarca) pero asegura la sucesión." Nada más alejado del anárquico individualista de Max Stirner, "un hombre que, según la ocasión, puede formar parte de un grupo, entrar en ligas de comunidad con una cosa concreta; muy poco con ideas. El anarquista es a menudo idealista; el anarca, al contrario, es pragmático. Ve lo que puede servirles a él y al bien común, pero está cerrado a los excesos ideológicos. Es en este sentido en el que defino la posición del anarca como una actitud absolutamente natural. En primer lugar está el hombre, y su ambiente viene después."<sup>33</sup> El anarca aparecería entonces, como la contrapartida positiva del anarquista.<sup>34</sup>

Por lo tanto, el anarca es una figura práctica, que no adhiere a ideas, sino que responde a los hechos: es en esencia pragmático. Venator está convencido que todo esfuerzo frente a la realidad material es inútil. Frente a las grandes entidades sociopolíticas, sea el Estado o la sociedad, prefiere la neutralidad que le otorga el definirse a sí mismo como su propio centro, a diferencia del anarquista que lo desplaza hacia aquellas entidades, sean concretas o abstractas. Como espectador del proceso político del siglo XX, lo marca la indiferencia ante los regímenes e ideologías políticas, pues ya las ha visto surgir, llegar al poder para al final caer irremediabilmente. Sin ir más lejos, Jünger afirma que el conjunto de ideas que el ser humano ha intentado atenerse son en realidad similares en su fondo, pues están al servicio de los mismos principios, esos que ante "toda actitud que se

aparte del sistema, sea maldita desde el punto de vista racional y ético, y luego proscrita por el derecho y la coacción”.<sup>35</sup> Pero, en su pragmatismo, no tiene inconvenientes en cumplir el papel que le ha tocado desempeñar. Venator no tiene intenciones de abandonar el servicio del Cóndor, es más, prefiere seguirle sirviendo fielmente hasta el final. Pues todo pasa por haber decidido querer hacerlo, libre y personalmente, independiente de cualquier presión emanada fuera de sí mismo. El anarca, al darse su propia ley y su propio juego, implica no sólo la frase de Delfos del “conócete a ti mismo” sino también el “hazte feliz a ti mismo”.<sup>36</sup>

En una época como la nuestra, donde impera el imponente Estado Burocrático y la Sociedad Conformista, el rebelde anárquico aparece como el bastión de la verdadera libertad individual. Según Jünger, en esta época “los eunucos se agrupan para privar de su poder al pueblo, en cuyo nombre tienen la osadía de hablar... El deseo más íntimo del eunuco es castrar al hombre libre. Y así, se promulgan leyes, en virtud de las cuales hay que acudir corriendo al fiscal, mientras violan a tu madre”. En otras páginas del autor, el anarca se acerca aún más al egoísmo stirneriano, pues, por el contrario, “quien, en medio de los cambios políticos, permanece fiel a sus juramentos, es un imbécil, un mozo de cuerda apto para desempeñar trabajos que no son asunto suyo”. “(El anarca) sólo retrocede ante el juramento, el sacrificio, la entrega última”. Otra figura anárquica de la novela, Attila, médico del tirano, agrega: “Sólo cabe una norma de conducta, la del camaleón”.<sup>37</sup>

## VI

Pero, si el anarca es la “actitud natural” del “niño que hace lo que quiere”<sup>38</sup>, ¿cómo puede constituirse en el ejemplo normativo a seguir por los hombres que no se identifican con las formas sociales de nuestra época actual, si se nos presenta como una actitud que podría rayar en lo infantil? Es posible hablar aquí de una actitud “hedonista” que nos impulsa a alejarnos de todo lo que nos parece doloroso y buscar lo que nos provoca algo más placentero, como también el alejarnos de una sociedad decadente de la que nos es imposible sentirnos a gusto. El mismo Venator invoca a Epicuro, pero podría estar más relacionado con la filosofía jüngeriana el fundador de la escuela cirenaica, Aristipo, defensor de lo apolítico como actitud a seguir en la sociedad. Según Jünger, es en la sociedad burguesa

donde la figura del anarca encuentra su mejor caldo de cultivo, donde proliferan personajes que no guardan ninguna simpatía por el Estado o la sociedad donde se desenvuelven. Personajes reales, como también literarios o fílmicos, como el pequeño comerciante de barrio o el humilde artesano independiente que se encuentran indefensos ante la delincuencia y violencia desatadas de la sociedad, que se muestran celosos de su independencia de las formas políticas y sociales imperantes, e incluso desconfiados de las intervenciones del intelectualismo o formas de pensamiento dominantes. “La figura del anarca es más familiar al mundo anglosajón, especialmente el norteamericano, con su sentido ferozmente individualista y anti-estatal: del *cowboy* solitario o del *outlaw* al objetor de conciencia (...) Se sabe, desde luego, en que condiciones sociales específicas han florecido estos modelos.”<sup>39</sup>

Otro tema a plantear es la situación que separa al anarca del hombre de las sociedades postmodernas. Ese tipo de hombre, de sumo hedonista, despolitizado, superficial y *light*, y más cercano al “último hombre” de Nietzsche, aquel que cree haber encontrado la felicidad y, a la vez, en las antípodas del tipo “idealista” o del “militante” que parecen categorías ya superadas, puede tender a compartir ciertas actitudes con el anarca llevando a cierta confusión en las definiciones de ambas figuras. La diferencia radica nuevamente en la concepción del Uno de Max Stirner, pues “el segundo está libre de las ataduras sentimentales, ideológicas y moralistas que aún caracterizan al primero”.<sup>40</sup> La lectura de la obra de Jünger donde la figura del anarca es la protagonista, también aporta un dato fundamental: que una actitud de rebeldía ante el nihilismo puede ser fruto de las condiciones históricas. Es posible afirmar que el historiador Venator es fruto de su época, pues su renuncia voluntaria a la realidad exterior donde debe desenvolverse obedece a que su propia época es un tiempo de desesperanza que no es capaz de ofrecer nada a un espíritu realmente libre. El autor alemán plantea entonces la interrogante de que si nuestra propia época, el del auge y caída del proyecto moderno, la era de los “titanes”, es una de esas épocas terminales que el anarca o emboscado expulsa de sí. Pero esta visión pesimista de nuestros tiempos, como se ha dicho anteriormente, ofrece la oportunidad de poder liberarse, pues “lo dicho sobre el anarca tiene un alcance más universal: en cualquier tiempo y lugar se puede ser anarca, independiente de las condiciones exteriores.”<sup>41</sup>

El destino final del anarca es la retirada. Según se desprende en *Eumeswil* y, retomando el concepto de “huida hacia el bosque” de *Der Waldgang*, el anarca Venator organiza una “emboscadura”, frente a la eventual caída del régimen del Cóndor. El final queda en el aire, lo que sucedería después de la expedición hacia las selvas más allá de la ciudad que da título a la novela. De esta manera, Jünger repite el tipo de desenlace que caracteriza a otras de sus obras principales, donde el *leitmotiv* son la retirada posterior a las duras batallas que deben enfrentar los protagonistas: el viaje en un cohete hacia un mundo desconocido por parte del comandante Lucius de Geer y sus compañeros (*Heliópolis*) o el refugio que los defensores de la Marina luego de gran lucha contra el Gran Guardabosques (*Sobre los Acantilados de Mármol*). El rebelde jüngeriano, por lo tanto, se retira a su “emboscadura”.

El rebelde se retira hacia sí mismo en espera de la hora en que el gran proceso del nihilismo, la desacralización y entropía lleguen a su punto culmine. Lo que Vintila Horia denominaría “universalización del desastre”.<sup>42</sup> No se trata, dice Jünger, de tirarse por la borda del “Titanic”, pues eso implicaría la muerte. Por el contrario, como ya se ha comentado, la huida desde los ámbitos donde rige el Leviatán hacia el propio ser interior es independiente de todo tiempo y lugar: “Bosque hay en todas partes. Hay bosque en los despoblados y hay bosque en las ciudades; en éstas, el emboscado vive escondido o lleva puesta la máscara de una profesión. Hay bosque en el desierto y hay bosque en las espesuras. Hay bosque en la patria lo mismo que lo hay en cualquier otro sitio donde resulte posible oponer resistencia... Bosque es el nombre que hemos dado al lugar de la libertad... La nave significa el ser temporal; el bosque, el ser sobre temporal...”.

## VII

El carácter de la lucha que Jünger expresa en sus obras hace que sus protagonistas se separen de ideologías que, más que plantear una respuesta a los males de la existencia, han más bien agudizado el problema. “El anarca no se guía por las ideas, sino por los hechos. Lucha en solitario, como hombre libre, ajeno a la idea de sacrificarse en pro de un régimen que será sustituido por otro igualmente incapaz, o en pro de un poder que domine a otro poder (...) La figura del anarca es la de quien ha sobrevivido al “fin de la historia” (“carencia de proyecto: malestar o

sueño"). El último hombre no puede expulsar al anarca que convive junto a él. Su poder radica en su impecable soledad y en el desinterés de su acción. Su sí y su no son fatales para el mundo que habita. El anarca se presenta como la victoria y superación del nihilismo. Las utopías le son ajenas, pero no el profundo significado que se esconde tras ellas."<sup>43</sup> La lucha contra el Leviatán, implicaría, superar el temor y la violencia que como todo ser humano experimenta en esta situación adversa que le ha tocado vivir. La siguiente fase del camino le permite el conocimiento de ese sí mismo indestructible que le permite vivir en el mundo proyectándose en los demás, sea la familia, el ser amado, los necesitados y desamparados, las víctimas del presente. El Eros, esa fuerza primordial de la mitología y filosofía griega, se transformaría en su aliado más formidable. Y a través del arte, el instrumento que permite "acercarnos a la divinidad y desterrar el miedo a la muerte."<sup>44</sup>

La figura del anarca, por lo tanto, ofrece dos actitudes, una activa y una pasiva, una que es capaz de desenvolverse en la realidad "sin pertenecer a ella" y otra que busca en el retiro al bosque el aislamiento necesario para su conocimiento interior, su única propiedad que lo hace libre del tiempo presente. El anarca que opta por la "emboscadura" no debe confundirse con una actitud de cobardía frente al nihilismo avasallador, como si fuera alguien que ve en la huida la forma más fácil de sobrevivir al mundo contemporáneo. El autor alemán lo enfatiza: "Ya hemos apuntado que ese propósito no puede limitarse a la conquista de puros reinos interiores". Más bien, la forma de lucha, o la táctica de combate adquieren otra naturaleza, "donde la actuación pasaría entonces a manos de minorías selectas que prefieren el peligro a la esclavitud".

Finalmente, el tema de las "minorías selectas" albergó su cuota de optimismo en Ernst Jünger, dentro de la visión pesimista del mundo que se desprende de su literatura. Esas minorías que optan por la "emboscadura" son las destinadas a dar frente en el mundo real, la lucha por lo esencial, sin importar la ausencia de posibilidades y perspectivas. "Minorías que, como el propio Jünger lo expresa, sean capaces de llevar adelante la plasmación de una "nueva orden", que no temerá y, por el contrario, gustará de pertenecer al bando de los proscritos, pues se funda en la camaradería y la experiencia; orden que pueda llevar a buen término la travesía más allá del "meridiano cero", y se prepare a dar una lucha en el "aquí y ahora."<sup>45</sup> Según palabras del propio autor, cuando se le pregunta sobre el

gran relato del futuro siglo XXI: "Soy optimista. Nos hallamos en la edad de los titanes. Los dioses se han retirado, pero no han muerto; volverán. La lucha entre titanes y dioses es, como ya dijo Hesíodo y también los filósofos griegos, infinita e intemporal. Comienza con el tiempo, y estaba ya en marcha mucho antes de que se pudiera pensar en un ser humano o en una naturaleza orgánica. Los dioses tienen por hogar la intemporalidad, mientras que los titanes viven totalmente en el tiempo, y en este momento el tiempo está en su floración. Con nuestras máquinas medimos la desintegración del átomo y cosas así que tocan ya las últimas fronteras de lo intemporal, y lo mismo con nuestras expediciones al cosmos y con nuestros telescopios, con los que vamos hasta las fronteras del universo."<sup>46</sup> Esa confianza en las minorías de anarcas emboscados es lo que Jünger rescata para el siglo XXI, pues "cuando mayor es la masa, más pequeñas se vuelven las elites, pero también tanto más eficaces."<sup>47</sup>

*"En el seno del gris rebaño se esconden lobos,  
es decir, personas que continúan sabiendo lo  
que es la libertad. Y esos lobos no son sólo  
fuertes en sí mismos: también existe el peligro  
de que contagien sus atributos a la masa,  
cuando amanezca un mal día, de modo que el  
rebaño se convierta en horda. Tal es la  
pesadilla que no deja dormir tranquilos a los  
que tienen el poder".*

Ernst Jünger

## **Notas bibliográficas:**

1. Luis Meana, "Entrevista a Ernst Jünger" en Suplemento *Babelia*, Diario *El País*, 1995.
2. Armando Roa Vial, "Ernst Jünger: Anarca y Humanista" en *Entreguerras*, 8, 1994, p. 11.
3. Roa Vial, p. 11.
4. Ernst Jünger, *Sobre la Línea. Acerca del Nihilismo*, Editorial Paidós, 1994, pp 15-16.
5. Ibid, p. 18.
6. Ibid, pp. 23-24.
7. Ibid, p. 24.
8. Ibid, p. 25.
9. Ibid, pp. 26-38.
10. Ibid, pp. 39-44.
11. Ibid, p. 52.
12. Ibid, p. 55.
13. Ibid, p. 57.
14. Ibid, pp. 61-62.
15. Ibid, pp. 61-69.
16. Roa Vial, p. 11.
17. Ibid, p. 11.
18. Ibid, p. 11.
19. Ibid, p. 12.
20. Ibid, p. 12.
21. Ibid, p. 12.
22. Ibid, p. 12.
23. Ibid, p. 12.
24. Ibid, p. 12.
25. Julien Hervier, *Conversaciones con Ernst Jünger*, Fondo de Cultura Económica, 1990.
26. E.J.A., "Consideraciones sobre el anarca", 1993
27. Ibid.
28. Ibid.

29. Hervier.
30. E.J.A.
31. Daniel Osorio, "Cuadernos del Poscrita" en *Entreguerras*, 8, 1994, p. 15.
32. Ibid, p. 15.
33. Hervier.
34. E.J.A.
35. Osorio, p. 15.
36. E.J.A.
37. Ibid.
38. Ibid.
39. Ibid.
40. Ibid.
41. Ibid.
42. Osorio, p. 15.
43. Ibid, p. 15.
44. Meana.
45. Osorio, p. 15.
46. Meana.
47. Ibid.

---

*Artículo publicado en la revista on-line "Bajo los Hielos", N° 7, Septiembre, 2001.*

Nota: Esta es la versión corregida y definitiva de este artículo, la cual debe ser considerada como la única válida (Marzo, 2012).

Para citar este trabajo, indicar la siguiente URL:

[www.bajoloshielos.cl/andradejunger.pdf](http://www.bajoloshielos.cl/andradejunger.pdf)

Todos los derechos pertenecen al autor del artículo y a la revista Bajo los Hielos.

**Para contactar a la revista o al autor de este artículo, escribir a:**

**[info@bajoloshielos.cl](mailto:info@bajoloshielos.cl)**